

señ, y dieron noticia al gobernador de lo que en Tlacotlan pasaba; y habiéndolo sabido y la mala señal que era haberse alzado el pueblo de Tlacotlan, dijo á los vecinos de la ciudad: «Señores, muy mala señal es esta; Tlacotlan alzado siendo nuestros amigos y en quien confiábamos, presto tendremos las manos en la masa; no haya descuido y estemos con mas recato, que estas son vísperas de nuestro bien ó mal.»

De esta plática resultó doblada pena y tan grande llanto en las mujeres y niños, que era lástima, y el gobernador no sosegando, mandó poner mucha guarda, y llegó á tanto el temor, que las mujeres sin ser menester velaban rezando y suplicando á Dios les sacase del lance en que estaban, que visto era quebrar el corazón. Habiendo puesto el gobernador todas las cosas en orden con grande aperebimiento, hizo alarde de su gente y armas, y allí les hizo una plática á todos para que estuviesen advertidos en lo que convenia hacer en tal ocasion, y mandó que los indios que iban por leña fuese gente de á pié y de á caballo haciéndoles escolta, y por caudillo de ellos señaló á Pedro de Placencia; y víspera de Señor S. Miguel del año de cuarenta y uno, habiendo salido Pedro de Placencia con la gente á coger leña y yerba, para hacer su guarda se puso en lo alto con los españoles, y vieron y divisaron que los montes, valles y campos venian cubiertos de indios enemigos á cogerles la entrada y salida de la ciudad, y á meterse y ganarla, porque no tenia mas que una entrada, que todo lo demas es peña tajada sobre el Rio Grande; y visto por Pedro de Placencia y su gente, se retiraron afuera llevando á los indios amigos que habian ido por leña y yerba. Venian por detrás los enemigos sin hacer ruido por no ser sentidos, cuando bajó Placencia por otro lado hácia la ciudad y vió mas multitud de gente y mas sinnúmero de la que habia visto, que venia de hácia Xuchipila llamándose para meterse en la ciudad, que estaban de ella media legua, y á cuarto de legua Pedro de Placencia, que llegó con toda la gente á la ciudad á todo correr á las nueve de la mañana, para decir al gobernador cómo venian tantos indios sobre la ciudad, que era grima.

Cuando Placencia llegó diciendo «arma, arma, señor capitán,» halló que toda la gente estaba en misa; entró á caballo á dar la nueva, y como oyeron apellidar «arma, arma» las mujeres y ni-

ños comenzaron á llorar y á desmayarse algunas; mandóles el gobernador callar, y no queriéndolo hacer, se levantó la mujer de Juan Sanchez de Olea, que fué de grande ánimo y esfuerzo y se llamaba Beatriz Hernandez, y dijo al gobernador: «Señor, haga V. S. su oficio de gran capitán: acábase la misa, que yo quiero capitanear á estas señoras mujeres.» El capitán acudió á que acabasen la misa, y luego sacaron al Santísimo Sacramento y le consumió el Br. D. Bartolomé de Estrada, y sacaron algunas imágenes y dejaron otras en los altares, y luego el gobernador mandó tocar á recoger, y se juntó toda la gente, y la Beatriz Hernandez sacó á todas las mujeres de la iglesia, que estaban desmayadas, diciendo: «Ahora no es tiempo de desmayos,» y las llevó á la casa fuerte y las encerró. Traia esta señora un gorguz ó lanza en la mano, y andaba vestida con unas coracinas ayudando á recoger toda la gente, y animándoles y diciéndoles que fuesen hombres, que entonces verian quién era cada uno, y luego se encerró con todas las mujeres y las capitaneó, y tomó á su cargo la guarda de la puerta, puestas sus coracinas con su gorguz y un terciado colgado en la cinta.

El gobernador subió en su caballo para recoger toda la gente que estaba fuera de la casa fuerte, así soldados como indios é indias de servicio y niños, y los encerró y él con ellos con todas sus armas y caballos. Hecho esto, habiendo quedado todas las demas casas de la ciudad cerradas, el gobernador puso en dos puertas que habia principales en el fuerte, en cada una diez hombres con su capitán y caudillo, y les mandó que so pena de la vida y traidor al rey, no dejasen entrar ni salir á nadie sin su licencia y mandato, y señaló la gente de á pié por las estancias del fuerte para su guarda; asimismo señaló artillero para el reparo de las troneras, y treinta hombres de á caballo, todos á punto y armados, y por capitán de ellos á Juan de Muncibay. Hizo lista de la gente que habia, y hallaron cien españoles de á pié y de á caballo, y algunos tan bisonos y afligidos, que de oír el murmullo de la gente no sabian qué hacerse, por no haberse hallado en otra; y tan aperebidos estuvieron todos, que dentro de una hora se pusieron en orden y punto de guerra para defenderse, esperando el suceso con mucho concierto; y como á las diez ú once del dia se

mostraron los enemigos alrededor de la ciudad, muy galanes con plumería y arcos, macanas, ródelas y lanzas arrojadas, armados de todas armas; y era tanta la multitud de ellos, que media legua alrededor de la ciudad por cada parte la tenían rodeada y cercada, que no se veían sino indios enemigos, embijados y desnudos, que parecíanse al diablo, de quien traían la guisa y forma, tanto que ponían espanto; y llegados entró un escuadrón de doscientos indios de guerra en la ciudad, todos mancebos dispuestos, á reconocer, que no osaban á entrar de golpe, temiendo no les viniese algun daño de las casas; reconocieron, pues, toda la casería de la ciudad con tanta brevedad, por ser las casas de cuenta tan pocas, que se volvieron á juntar con la otra gente que estaba alrededor, y habiéndose juntado, comenzó un gran rumor y murmullo, andando la palabra de unos en otros que causaba temor oírlos, y luego por escuadrones entraron bailando y cantando mil canciones al demonio, pidiéndole favor, y hicieron su paseo por la ciudad, y lo primero que hicieron fué entrar en la iglesia y arrancar las imágenes, y sacaron algunas de ellas puestas en la trasera, arrastrándolas y profanándolas, y luego quemaron la iglesia y toda la ciudad, y concluso con lo que hallaron, parecióles sería cosa fácil de hacer lo mismo en la casa fuerte, y así arremetieron á ella con tanto ímpetu y tan recio, que se entendió la postrasen á empellones.

Recibieron los nuestros muy bien este combate, defendiendo cada uno su estancia, saeteras y barbacas, y los hicieron retirar, y mandó el capitán y gobernador Oñate que no hiciesen mudanza, sino que se estuviesen quedos y los dejasen desflemar en su furia primera, y que hubiese silencio hasta que él otra cosa mandase; y estando en estos combates, en una de las puertas que se guardaban, un indio que en el cuerpo parecía gigante arremetió á la puerta valerosísimamente y se entró en la casa fuerte, poniéndose á fuerzas con todos, y las guardas cerraron las puertas, no le queriendo matar de lástima; al ruido que había salido Beatriz Hernández á ver á su marido que era capitán de la guardia de la puerta por donde el indio había entrado, y comenzó á reunirlos á todos, estando el indio peleando con ellos, diciendo que la dejasen á ella con el indio; riéronse de ella, y estando en esto, el indio arremetió á ella y ella á él echando la mano á su terciado, y le dió una

cuchillada en la cabeza, que cual otro Goliath dió con él en el suelo, y poniéndole el pié en el cuello, le dió dos estocadas con que lo mató; y luego dijo á su marido que con él se había de haber hecho aquello por haber dado entrada á los enemigos, y que mirase lo que hacía, porque no era tiempo de descuidarse un punto: y así acudía ella á todos los combates como si fuera varón, y siempre se hallaba al lado del gobernador en cualquiera ocasión, porque de verdad fué muy valerosa en todas ocasiones, y muy estimada, hasta que murió.

Andando, pues, las cosas muy sangrientas en el combate, fueron á disparar una escopeta, y no dió fuego la pólvora, que estaba húmeda; y viendo el gobernador que la pólvora no daba fuego ni estaba buena, llamó á un Pedro Sanchez, herrero, que vino con el capitán Muncibay, gran fanfarrón y que presumía de gran polvorista y artillero, y mandóle refinase aquella pólvora; y luego el Pedro Sanchez la comenzó á refinar en un comal al fuego, debajo de una cubierta de paja, y quemó la pólvora la cubierta que estaba en la casa fuerte, que fué mayor tribulación para los cercados, con el fuego y con la prisa que había para apagarle. Los enemigos se alentaron más viéndolos atribulados, y comenzaron con mas furia á batir y querer ganar la casa fuerte. Fué un caso temerario en tal tiempo con que se dobló la pena en todos; pero al fin se remedió y apagó el fuego: y estando en esto, los enemigos acometieron por la espalda de la casa y empezaron á descimentar la pared con tantas veras, por bajo de las barbacas, que derribaron el un lienzo sin que se lo pudiesen impedir, por no jugar la artillería á causa de estar el artillero ocupado en refinar la pólvora; y entonces el gobernador Oñate, acometiendo á los enemigos, y viendo la falta, pareciéndole que otro barril de pólvora que estaba allí al sol estaría mejor, mandó á Pedro Sanchez que luego entrase y armase los tiros de la artillería de las troneras y los disparase hacia aquel lienzo que iban ganando; y al cabo de rato, viendo que no acababa de disparar, y que ya los enemigos publicaban victoria, fué el gobernador á la tronera y dijo al artillero Pedro Sanchez, que cómo no disparaba: «Señor, héme cortado; no acierto;» entonces arremetió á él y dijo: «Vuestro rajar y cortar nos tiene puestos en este aprieto: mirad que los indios minan la casa y se

muestran ya; acabad, dad fuego;» á que respondió: «Señor, no acierto;» entonces Oñate arremetió y pegó fuego á la artillería, y del primer tiro no quedó indio en la calle que no lo llevó, hasta que la pelota se envaró en los muertos, con que desaparecieron los indios de la calle, y quedó la casa libre, sin que osasen llegar mas á ella.

Fué la batería tan grande, que causaba horror y gran espanto, y viendo que los llevaban ganados, todos estaban temblando, hasta que el buen Oñate los desvió con el estrago que hizo con el tiro que disparó, siendo parte su buen ánimo para sacarlos de aquel aprieto; y luego armado con su espada y rodela acudió á ver los alojamientos y estancias y las partes do hallaba flaqueza, á proveer de todo, peleando en la defensa que parecia un leon, animando á sus capitanes y soldados para que peleasen como buenos españoles, pues ya los enemigos se habian apartado de la casa fuerte. Así que los enemigos se desviaron sosegó la batería, y el llanto de mujeres y niños era tan grande que espantaba, y mandó el capitán y gobernador que callasen, porque era animar mas á los enemigos, y que esperaban en Dios y en su Madre bendita que presto se daría fin á aquel negocio, pues era causa suya; y así que cesó el llanto de las mujeres, dieron tan grande rociada de flechería, que no se podia andar por el patio y plaza; y llegándose algunas mujeres á las ventanas llorando á ver la gente, fué tanta la desvergüenza de los indios ladinos, que les decian: «Callad, mujeres; ¿porqué llorais? que siendo mujeres no os hemos de matar, sino solamente acabaremos á esos barbudos de vuestros maridos y nos casaremos con vosotras;» y hubo mujer que de solo oír estas palabras se quiso echar de una ventana á pelear con ellos, y lo hiciera si no se lo estorbaran; y visto que no la dejaban, de pura rabia volvió la trasera y alzó las faldas, diciendo: «Perros, besadme aquí, que no os veréis en ese espejo, sino en este;» y cuando lo estaba diciendo le arrojaron una flecha que le clavó las faldas con el tejado, en las vigas del techo por estar bajo. Sería casi medio día cuando sucedió esto, y cansados los enemigos de batir la plaza, muchos de ellos se pusieron por las calles á la sombra, y un capitanejo subido en una pared dijo en lengua mexicana: «Llorad bien, barbudos cristianos, hasta que comamos y descansemos,

que luego os sacaremos de ahí, y nos pagaréis los que nos matásteis en la pared;» á que no les respondieron cosa los nuestros, sino que estuvieron muy callados. Sacaron mucha comida los indios de las despensas de las casas que robaron; y traída, dijo el capitanejo que se habia subido en la pared: «Comamos y descansemos, pues estos españoles barbudos ya son nuestros; ¿no los veis llorar que son unas gallinas?» y comenzaron á comer muy sosegados, y en medio de la comida volvieron á hablar y echar suertes sobre en las mujeres que á cada cacique habia de haber, repartiendo todas las mozas, y dijo un cacique de Xuchipila llamado D. Juan: «¿Pues qué hemos de hacer de las viejas?» y respondió otro diciendo: «Hacerlas que tejan y hilen y nos hagan brágas; y si no quieren, matarlas y echarlas en esas barrancas para que las coman auras, y matar á los niños porque despues no nos den guerra como sus padres, y despues que estemos hartos de las mozas las daremos á los mozuelos para que se aprovechen de ellas.» Muy de reposo estaban en estas cuentas, y los nuestros con gran sentimiento de oírlos, y las mujeres como flacas lloraban, entendiendo se habian de ver en lo que los enemigos decian, segun las victorias que habian tenido. Pero antes que se acabase la comida y plática, el gobernador Oñate, viendo el reposo con que los enemigos estaban, llamó toda la gente de á caballo, y les mandó que se armasen, porque era ya tiempo y llegada la hora de Dios para pelear y vencer ó ser vencidos, que de su parte tenian á Dios, pues peleaban por su fe. Dícese que tuvo revelacion de este hecho, por la victoria que se siguió, donde peleó Santiago, S. Miguel y los ángeles, como en el capítulo siguiente se verá.

CAPÍTULO XXXIV.

Toma resolución el gobernador contra los españoles por cobardes.

Habiendo visto la determinacion del gobernador, les pareció á algunos de los capitanes y soldados que no convenia que se hiciese porque no sucediese al revés de lo que pensaban: oyéndolo el dicho gobernador les dijo qué cobardía era aquella, y que cuando no qui-